

**EMMANUEL GUIBERT**  
**LA GUERRA**  
**DE ALAN**  
**SEGÚN LOS RECUERDOS**  
**DE ALAN INGRAM COPE**



C

onocí a Alan Cope por casualidad, cuando lo abordé por la calle para que me indicara cómo llegar a un sitio. Ocurrió en junio de 1994, cuando él tenía sesenta y nueve años y yo treinta. Él vivía con su mujer en la isla de Ré, y aquella era mi primera visita a la isla. Nuestra amistad fue pura casualidad.

Alan nació en Alhambra, un pueblo a las afueras de Los Ángeles, y se crió entre Pasadena y Santa Bárbara. Combatió en la guerra en Europa. Cuando terminó la contienda, decidió instalarse en Francia, y desde ese día jamás volvió a Estados Unidos. Trabajó como empleado civil del ejército estadounidense, primero en Francia y luego en Alemania. Vivía en aquella isla desde que se había jubilado.

Una tarde, días después de conocernos, empezó a contarme episodios de su guerra. Paseábamos playa arriba, playa abajo por la orilla del mar. A él se le daba bien hablar, a mí, escuchar. Salvo dos o tres, sus anécdotas eran poco espectaculares. Lo que evocaban apenas se parecía a lo que yo había visto en películas u oído en las historias que me habían explicado sobre la Segunda Guerra Mundial. Y aun así me cautivaban por el timbre de verdad con que resonaban. Veía, literalmente, lo que iba contándome. Cuando hizo una pausa en su relato, le propuse: «Hagamos libros juntos. Usted me cuenta y yo dibujo.»

Alan tenía un huerto a un kilómetro de su casa. Allí fue donde, en una cabañita roja y blanca, empezamos a grabar su testimonio con un magnetófono de casete. Ambos nos alegramos de haber encontrado una buena excusa para pasar tiempo juntos. Para cuando terminó ese mes de junio, ya tenía varias horas grabadas y la determinación férrea de no cejar en el empeño. Volví en septiembre. Retomamos la conversación. Nos habíamos vuelto importantes el uno para el otro.

No sabíamos que sólo tendríamos cinco años para ser amigos, aunque nos comportamos como si lo intuyéramos. No perdimos el tiempo. Íbamos a nadar, salíamos con la bici, trabajábamos en el huerto, veíamos películas, escuchábamos discos, tocábamos el piano, cocinábamos e intercambiamos decenas y decenas de cartas, llamadas, casetes y dibujos. Conversamos como locos. Jamás tuvimos un desencuentro ni nos distanciamos.

La editorial L'Association vio con buenos ojos nuestro proyecto. Empecé a publicarlo por entregas en *Lapin*, la revista de la editorial. Alan estaba muy pendiente de mi

trabajo sin por ello coartar mi libertad. Si me pidió rectificar algún error fueron cuestiones de carácter documental: un vehículo, una insignia o la forma de la *foxhole* de un soldado, por ejemplo. Por lo demás, me permitía dibujar su vida al gusto de mi imaginación. A veces mis dibujos sólo remitían muy remotamente a lo que él había vivido. El escenario, las gentes, no se parecían. Él lo aceptaba como una premisa de nuestra colaboración. Había ocasiones, por el contrario, en que se quedaba sobrecogido al ver que una escena que me había descrito por encima se superponía trazo a trazo con su recuerdo.

Fuera como fuese, él estaba contento con el resultado. Fue esa confianza lo que más tarde me permitió continuar por mi cuenta. El nuestro no fue un trabajo de historiadores. *La guerra de Alan* es el encuentro entre un anciano al que se le daba bien contar su vida y un joven que sintió la necesidad espontánea de escribirla y dibujarla. Estoy convencido de que, aunque Alan no hubiera vivido la guerra, habríamos hecho libros juntos de todas formas. Por lo demás, tengo intención de publicar un volumen sobre su infancia en California, que es sin duda la parte más íntima y más bonita de todo lo que me confió. Lo que más me interesaba de él era el narrador que llevaba dentro, su personalidad, su estilo, su voz y su impresionante memoria. Esta memoria no está a salvo de los avatares del destino.

Es posible que los lectores constaten errores u omisiones aquí y allá. Por lo que yo sé, no son muchos. Si bien he tenido la oportunidad de rectificar algunos, me lo he prohibido terminantemente (he mantenido, por ejemplo, la confusión entre el soldado Carrothers y Donald O'Connor, aunque es evidente que se trata de dos personas distintas). He privilegiado siempre la versión de Alan porque quiero que el lector escuche lo que yo escuché, que conozca al hombre que yo conocí. En este sentido, cuando hacía el final del libro Alan fue mostrándose más reservado con su vida adulta, no me pareció de recibo forzar su necesidad de intimidad. El mundo desaparecido que queríamos rescatar era el de su juventud, no un mundo reciente o contemporáneo que habría implicado a personas vivas.

Cuando decidí titular el libro *La guerra de Alan*, quise dar a entender que nadie encontrará en él un ensayo sobre el soldado de a pie en la Segunda Guerra Mundial. Versa solamente sobre un hombre, Alan Cope, sobre lo que

vio, lo que experimentó, sintió y lo que tuvo a bien contar de todo eso cincuenta años después.

Mis dibujos van en la misma línea. Un enfoque documental demasiado escrupuloso habría supuesto un lastre continuo en mi trabajo. En consecuencia, a menudo he dejado hablar al blanco, a la elipsis, para que también mi dibujo semeje un recuerdo.

Alan era un hombre menudo, muy fuerte y valeroso que se vio acosado por serios problemas de salud. Desde los primeros compases de nuestra amistad, me vi tomando trenes al vuelo para visitarlo en hospitales donde ingresaba de urgencia. Siempre retomaba su vida con mucha intensidad y una rapidez sorprendente, gracias a su gran fuerza de voluntad. Esos momentos de dificultad nos unieron más que nunca. Al principio de 1998, la noticia de una enfermedad grave hizo que su existencia se inclinara definitivamente del lado de la mera supervivencia. Empezó otra «guerra de Alan». Durante un año y medio lo vi luchar contra un rival que lo arrinconaba cada vez más contra las cuerdas. Cuando tenía fuerzas para grabar, ya sólo hablábamos de su infancia. Iba quedándose sin aliento, pero sus relatos eran más sustanciales y lúcidos que nunca. Seguí leyendo nuestras páginas, que iban apareciendo por entregas en la revista. Yo trabajaba a marchas forzadas para que pudiera ver publicado nuestro primer libro, pero a la vez paraba en seco el trabajo para pasar tiempo con él. Le llevaba o le mandaba por correo todas las páginas que iba haciendo, en las que él se veía joven y descubriendo la vida. Bajo sus directrices, iba también a defender su huerto de la invasión de los hierbajos.

Alan murió el 16 de agosto de 1999 en La Rochelle.

Siempre bromeaba con lo mismo cuando no quería hablarme de algo en un momento determinado: «Ya te lo contaré en el año 2000.» La muerte me privó de todas esas conversaciones del año 2000. También ella es responsable de haber privado a Alan de ver publicado nuestro primer libro, en marzo de ese mismo año. Habría estado muy orgulloso de verlo en el escaparate de las librerías, orgulloso de leer los primeros artículos de prensa que celebraban nuestro trabajo.

Para compensar, la muerte le ahorró un acontecimiento que le habría afectado enormemente: la destrucción de su huerto, su sitio preferido de este mundo, por culpa de un gran temporal que azotó parte de Europa en diciembre de 1999. El viento dobló todos los árboles que rodeaban la cabañita roja y blanca. La primavera siguiente volví al huerto y lo vi convertido en un solar, presa de las excavadoras. Cuando teníamos allí nuestras conversaciones, era laberíntico, frondoso, parecía no tener fin. Aquel día fui de una punta a otra en apenas veinte pasos cortos. La magia había cambiado de domicilio.

Han pasado diez años desde entonces y he llegado al final de la primera parte de mi trabajo: la guerra ha acabado. Conforme avanzaba, fui sintiendo la necesidad, sin duda porque echaba de menos a Alan, de ligar más estrechamente mi historia personal con la suya. Un tiempo antes de morir me había animado a que fuera a California para celebrar mis cuarenta años y saludar de su parte a la más voluminosa de las secuoyas del Sequoia National Park, el famoso «General Sherman». Le hice caso. Llevé en la mano fotografías de la década de 1930 que él me había dado y, mientras paseaba por las calles de Pasadena y Altadena, busqué las casas de su infancia. Encontré algunas, así como las escuelas a las que asistía y la iglesia donde cantaba. Identifiqué muchos de los árboles a los que le gustaba subirse.

Más tarde fui a Alemania, a los lugares que ocupó como cabo del Tercer Ejército de Infantería del general Patton. Conocí a gente que él había conocido sesenta años antes, y nos hacíamos amigos en cuanto les nombraba a Alan. De ahí que al final del libro el lector encuentre páginas más documentadas que al principio.

Alan escribía poesía. Copio aquí tres estrofas de un poema que, a mi entender, dice mucho de lo que supone que te llamen a filas con dieciocho años en tiempos de guerra:

De ella, mi primera visión  
en medio de una alfombra redonda  
sentada sobre un fondo turquesa  
abriendo sus regalos de cumpleaños.

Los dieciséis... y sus finos dedos  
sus brazos de terciopelo rubio  
sin yo haber probado aún una cerveza  
rubia como la cerveza [...].

De ella, mi primera gran pena  
en medio de un mundo en guerra  
acuclillada al borde de un adiós  
por sentir cómo se aleja de mí esa bella piel rubia.

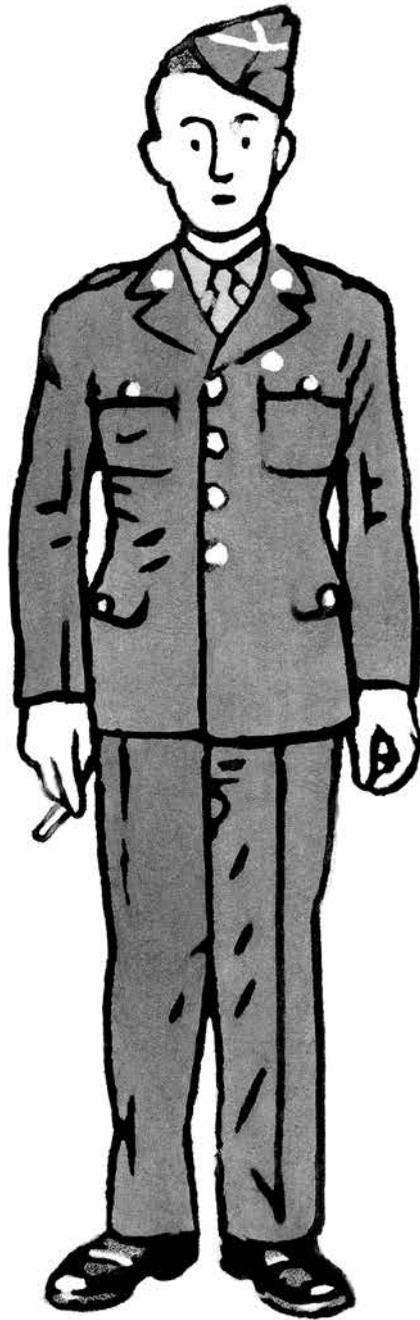
EMMANUEL GUIBERT

*Alan quería dedicar este libro  
a la memoria de su abuela, Ione Ingram.  
Yo se lo dedico a mis padres, Jean y Jacqueline.*



«Cuando cumplí dieciocho años, el Tío Sam me dijo que le haría mucha ilusión ponerme un uniforme y mandarme a combatir contra un tipo llamado Adolf. Y eso fue lo que hice.»

ALAN INGRAM COPE



# 1

Me acuerdo del día que bombardearon PEARL HARBOR.  
Yo era muy joven y trabajaba repartiendo periódicos por PASADENA, en California.



Se hacía a primera hora de la mañana, por los barrios residenciales. Lanzaba el periódico a los escalones del porche, delante de las casas.



Casi todo el mundo dormía todavía, aunque había quienes salían al momento para leer los titulares.



Sólo hubo uno, a cinco columnas.

## JAPÓN BOMBARDEA PEARL HARBOR

Me acuerdo de las expresiones de auténtica sorpresa, de conmoción.



Yo, por mi parte, no tenía ni la más mínima idea de lo que era PEARL HARBOR. No me daba tiempo de leer el periódico antes de repartirlo.



A los dieciocho años me llamaron a filas, como a todos los jóvenes de Estados Unidos.

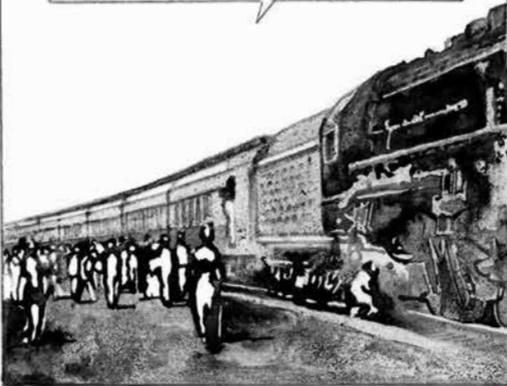


Pasé varios exámenes, y en la prueba de aptitud para ser operador de radio saqué la máxima nota.



Y luego nos metieron en un tren.

Vamos a FORT KNOX, a KENTUCKY.



No hacía ni un día que éramos soldados y no habíamos aprendido nada, salvo a hacernos la cama. Precisamente fuimos en coches cama. Dos hombres por cama.



Había dos chicos que se notaba a la legua que eran pareja, y uno era muy tímido y lloraba.



Le había tocado de compañero de cama un tipo enorme, muy muy gordo, poco agradado, y lloraba porque tenía que pasar la noche con aquel hombre.





Estábamos en marzo, pero íbamos ya con el uniforme de verano. Hacía calor, hubo que bajar las ventanillas del tren.



Las locomotoras de vapor solían funcionar con un carbón muy malo. Lanzaban gruesas nubes de hollín y nos poníamos todos perdidos.



No era muy agradable que digamos.

Y entonces llegamos a CHICAGO, a la estación de carga.



De pronto desengancharon nuestro vagón, por delante y por detrás, y el que estaba al mando nos dijo:

Me voy con el resto del tren. Va a venir a buscaros otro tren que os llevará a FORT KNOX. Esperad aquí y ni se os ocurra bajar del vagón.



Pero no pasó nada. Estuvimos horas y horas. Teníamos hambre.



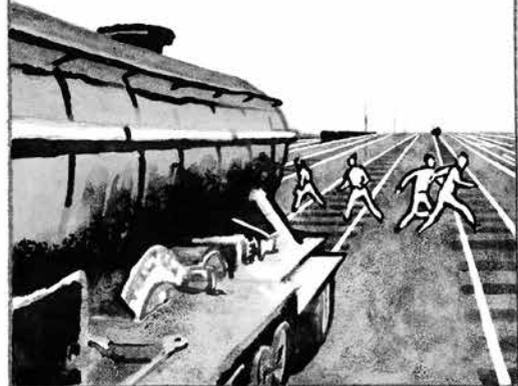
Me parece que por allí se ven unos edificios, una calle. Podríamos atravesar las vías, a ver si encontramos una tienda o algo así. ¿Quién se viene conmigo?



Había que tener mucho cuidado. Las locomotoras llegaban a todo trapo, desde todos los sentidos, y además, como había cambios de agujas, no podíamos saber por qué vía llegaban.



Imagínate, a lo mejor se aproximaba un tren por una vía y de repente se bifurcaba por otra. Era extremadamente peligroso.



Al final logramos salir.



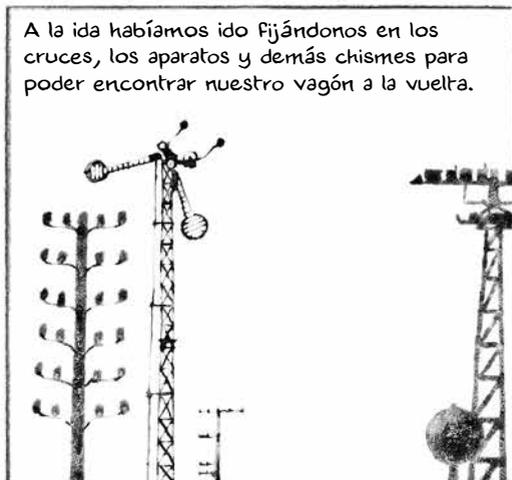
Y en efecto, encontramos una tienda de barrio muy pequeña donde aun así pudimos comprar pan, pastelitos, «peanut butter», fruta...



Nos lo metieron todo en «paper bags», las famosas bolsas de papel americanas, que son de gran calidad, y deshicimos el camino.



A la ida habíamos ido fijándonos en los cruces, los aparatos y demás chismes para poder encontrar nuestro vagón a la vuelta.

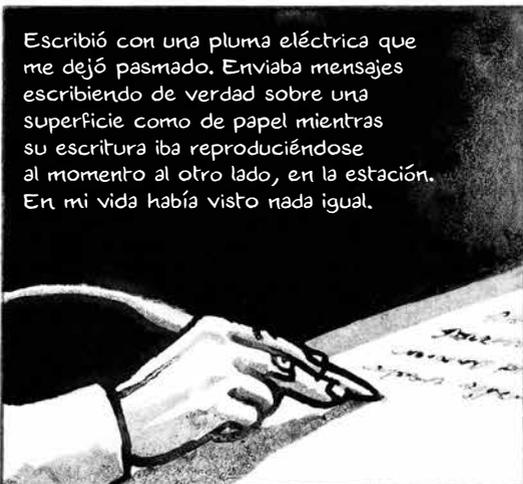


Fue igual de peligroso, pero no nos equivocamos de camino. No nos costó reconocer la ubicación del vagón.



QUE HABÍA DESAPARECIDO.

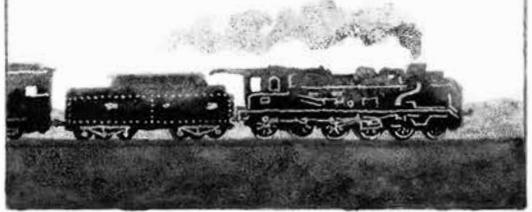




Una vez en la estación, llamamos al cuartel general de FORT KNOX. Ya nos habían echado en falta.



El ejército se hizo cargo de los billetes a LOUISVILLE con escala en NUEVA YORK. LOUISVILLE es la ciudad grande que está más cerca de FORT KNOX. Los lugareños lo pronuncian «Logüevil».



Por la tarde llegamos a NUEVA YORK, a la GRAND CENTRAL STATION. Yo era la primera vez que la pisaba.



El tren para LOUISVILLE salía por la noche y, como estábamos convencidos de que nos meterían en el calabozo nada más llegar, decidimos pasar un buen rato.



Subimos a lo alto de los ciento dos pisos del EMPIRE STATE BUILDING.



Comimos gratis en un club para soldados y después fuimos al ROCKEFELLER CENTER a escuchar una orquesta de jazz.



Y luego llegó la hora de tomar el tren nocturno.



Cuando llegamos por la mañana a LOUISVILLE, nos recogió un camión militar que nos llevó hasta FORT KNOX.



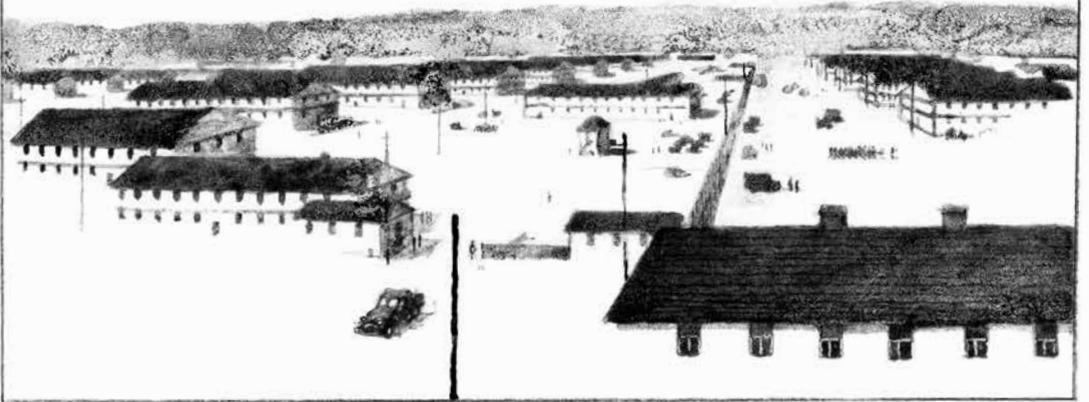
FORT KNOX era toda una ciudad. En aquella época vivían cien mil personas allí dentro. Desde que entramos en el fuerte hasta que llegamos a nuestros barracones, tardamos media hora larga.



Nos recibieron muy bien. Ni reprimendas, ni castigos. Nos dieron a cada uno nuestro equipo, como a todo el mundo, y eso fue todo.



Nos enseñaron a ser soldados.



A mí me tocó en blindados, con un período de instrucción de tres meses, porque por entonces los tanques eran una novedad y había mucho que aprender.



A los que les tocaba infantería sólo les daban una instrucción de varias semanas antes de mandarlos al matadero.



El primer día nos sometían a un test psicológico a todos los reclutas. Había un soldado que te formulaba preguntas, a veces bastante embarazosas.



Después nos hicieron un test de inteligencia. No se me dio mal. Saqué un 132.



Seguramente ahora que estoy mayor no sacaría tan buena nota.

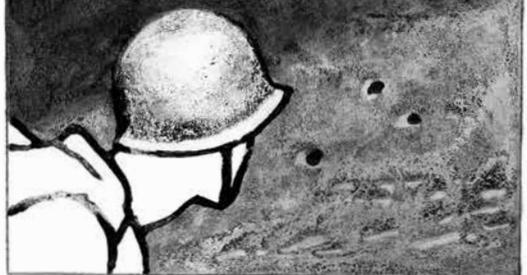
Y luego empezó la instrucción avanzada. Había marchas, carreras de obstáculos, estudiábamos armas de todo tipo, la forma de comportarse, de patrullar, nos enseñaron a utilizar condones, a desconfiar de las putas (en esa época todavía no se hablaba de la penicilina, yo ni siquiera conocía la palabra), vamos, todo lo que te puedas imaginar, incluso a fregar suelos. Era muy completa.



Por ejemplo, había que arrastrarse bajo alambres de espino. Nos disparaban, con balas DE VERDAD. O sea, que si nos levantábamos, podían matarnos.



Hicimos un combate en población. Había francotiradores escondidos por las esquinas y nos disparaban, también con balas de verdad, desde muy muy cerca. Veíamos los agujeros en la pared a nuestro lado y aprendíamos a tomárnoslo realmente en serio.



Y después, ese mismo día de la toma del pueblo, hubo un ejercicio que me cabreó mucho.



Era a la salida de un bosque.

Estábamos pegados a un camino y se acercaban unos tanques. La calzada estaba llena de agujeros del tamaño de una persona.



Había que tirarse a la carretera, delante de los tanques, escoger un agujero y meterse dentro antes de que el conductor del blindado pasara con una de las orugas por encima del agujero.



Lo teníamos que hacer diez o doce a la vez, con el fusil largo, pero no salíamos todos al mismo tiempo. Era en movimiento.

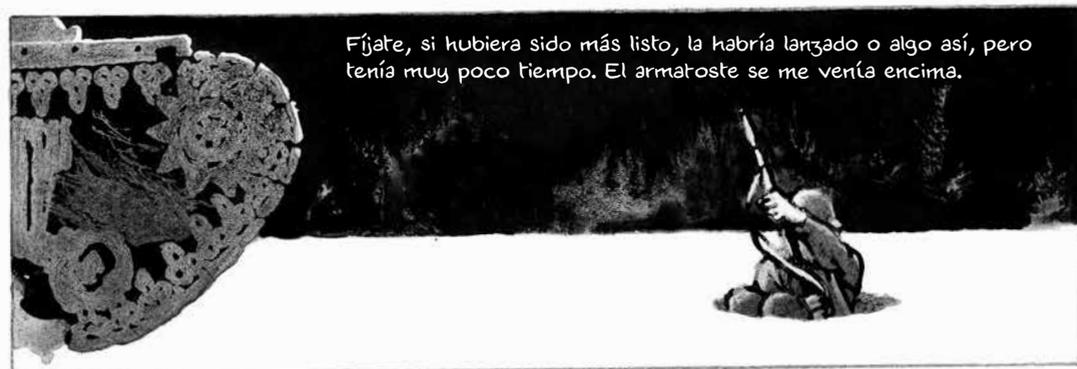


Yo recibí la señal de correr el último.



Salté en el agujero que quedaba.  
¡Maldición!  
¡NO ERA LO SUFICIENTEMENTE FONDO!







Entre el estrépito de la oruga  
que me pasaba por encima,  
oí crujir el fusil.

Me encogí como pude para  
que no me explotara contra  
el cuerpo.

Funcionó.



Cuando salí del agujero,  
mi sargento estaba furioso.  
No atendía a razones.



No me atreví a decirle  
que el tonto era él.



Fue una experiencia muy  
desagradable.



# 3

Yo formaba parte de un batallón.  
Ese batallón estaba compuesto por  
cuatro compañías, y en cada compañía  
había sesenta soldados.



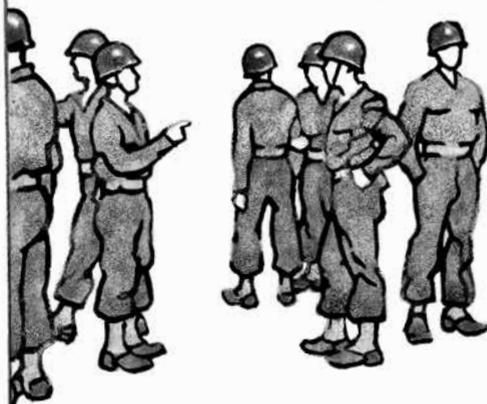
Hubo un ejercicio en el que teníamos  
que hacer carreras de relevos cargando  
a la espalda con alguien de aproximadamente  
nuestro peso.



Estábamos todas las compañías  
mezcladas y busqué a mi alrededor  
a alguien de mi tamaño.

Tú y yo podemos, ¿no?

Sí.



Así fue como conocí a Lou.

No cuesta tanto cargar a alguien a hombros. Si los agarras bien, puedes llevar incluso a tipos más pesados que tú. Hay que tener cuidado de no pillarles los cataplines.



Nos divertimos mucho con aquel ejercicio y nos hicimos amigos.



No nos parecíamos en nada. Yo era un crío bastante tímido, tenía agallas, pero era tímido, y no hacía mucho deporte, salvo nadar y subirme a los árboles.



Lou, en cambio, era de esos que están en equipos de básquet, de fútbol americano, de todo...



Uno nunca sabe por qué congenia con otra persona, pero la verdad es que nosotros congeniamos muy bien. Hasta el punto de que más de uno creía que nuestra relación era un poco especial y Lou, que era bastante carromorrista, partió unas cuantas narices por ese motivo. ¡Ja, ja!



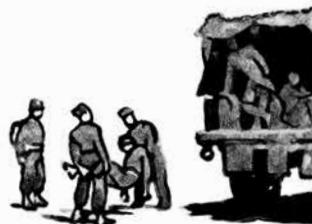
Hacíamos marchas largas, de treinta o cuarenta kilómetros, a menudo con un calor asfixiante. A mí me encantaban.



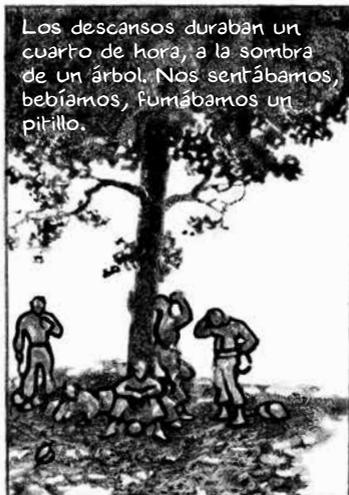
Siempre iba un camión delante de cada tropa y otro detrás. El de delante transportaba la «lister bag», el depósito de agua para el descanso.



El camión de detrás iba recogiendo a los que se desmayaban.



Los descansos duraban un cuarto de hora, a la sombra de un árbol. Nos sentábamos, bebíamos, fumábamos un pitillo.



Lou, que iba en una compañía por detrás de la mía, solía correr para alcanzarme y poder bebernos el trago juntos.



Por lo general, cuando volvíamos de las marchas, nos daban la noche libre. Todos los soldados se acostaban, agotados, pero nosotros nos decíamos:

Pues nada, vámonos a patinar.



Y allá que nos íbamos. A los demás les hervía la sangre.



Había otro chico, que era de otra compañía. Se llamaba Donald Carrothers.



Siempre me llamaba «California».

Hi California!  
How're ya doin'?



Tenía cara de granjero, rubio, con una naricilla respingona y una mirada que se te quedaba grabada. No era muy corpulento, pero sí esbelto, con los muslos fuertes.



Lo que me llamaba la atención de él era que en el fondo era bastante atlético, pero andaba con el forax echado hacia delante, porque el petate pesaba lo suyo y él tenía el pecho muy pequeño.

Ok, California?



Me gustaba que me llamara «California». Siempre nos poníamos a charlar. Nos teníamos un afecto que podría haber acabado en amistad, pero que no llegó a cuajar.



Y ahora voy a dar dos grandes saltos en el tiempo para contarte qué fue de él.



Poco después de terminar la guerra, en mayo del 45, estaba yo en Checoslovaquia cuando, por extraño que parezca, recibí dos cartas, una de ellas de Donald Carrothers.



Por supuesto, empezaba con un «Hi California!» y decía así:

ME HAN LICENCIADO. ME GANO MUY BIEN LA VIDA, BAILO EN CABARETS, EN NIGHTCLUBS, Y ME GUSTARÍA QUE HICIERAS UNA COSA, QUE VINIERAS A REUNIRTE CONMIGO LO ANTES POSIBLE. NECESITO UN COMPAÑERO DE BAILE. YO TE ENSEÑARÉ A BAILAR, SÉ QUE SERÁS UN BUEN BAILARÍN Y SERÁ FANTÁSTICO.

Me quedé totalmente asombrado. No había recibido ni una línea de él desde finales del 43. La verdad es que hasta me había olvidado de su existencia.



Así que le respondí que no. Fui muy educado. Le dije:

TU PROPUESTA ES GENIAL. ME SIENTO HONRADO, INCLUSO. PERO NO CREO QUE SEA LO MÍO. NO, DEFINITIVAMENTE NO ME VEO HACIENDO NADA DE ESO.

(Por lo demás, yo aún no tenía claro qué quería hacer con mi vida.)

Así que, fíjate, podría haber sido un gran bailarín. Debí de pensarlo por mi manera de hacer aquellas largas marchas a paso ligero.



Segundo salto en el tiempo, más grande todavía, hasta 1976. Acababa de jubilarme y me puse a ver una película de GENE KELLY que tienes que conocer.



El segundo bailarín era casi siempre un chico que se llamaba Donald O'Connor.



Pues bien, O'Connor era Carrothers. Estoy casi seguro de que era él.



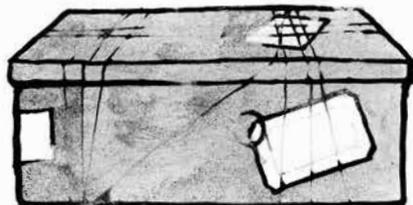
Creo que ya murió.

La segunda carta que recibí en el 45 en Checoslovaquia era de Lou. Yo le había escrito un montón de cartas, siempre sin respuesta. Me entristecía mucho, y lloraba sólo de pensar que Lou pudiera haber muerto.



(Más tarde supe que a él le pasaba lo mismo conmigo.)

Hay que decir que el ejército hacía lo que podía por entregar las cartas, pero, en fin, estábamos en guerra. Por ejemplo, una pariente mía me envió una «fruit cake» enorme desde mi país...



Meses después, se la devolvieron en un paquete totalmente aplastado y podrido.



Seguro que bombardearon el camión o pasó sobre una mina.

Sé que puede sonar un poco raro que diga esto, pero, si lo pienso bien, probablemente el día que recibí la carta de Lou fue el más bonito de mi vida. Más bonito incluso que el nacimiento de mis hijos. Cuando crees que alguien ha muerto y descubres que no es así, te provoca un efecto extraordinario. Fue maravilloso pensar que estaba vivo y que podía escribirme una carta.



Ya volveremos a hablar de Lou.

# 4

Todavía no te he contado lo que me pasó con las ladillas, ¿verdad?  
Puedo contártelo ahora.  
Yo no sabía lo que eran las ladillas hasta el día que las pillé durante  
mi instrucción básica.



Te aseguro que no fue en la ciudad, yo ni siquiera había ido. Debía de haberlas pillado en los retretes, no quedaba otra.

Tenía un montón y era muy desagradable.

Todas las mañanas, al pasar revista, cuando terminaba de dar las novedades, el sargento que dirigía la compañía preguntaba:

¿Hay alguien que quiera causar baja por enfermedad?



Algunos soldados se separaban de la formación y se ponían a su lado. Después de mandar a los demás a desayunar, iba preguntando a cada uno:

¿Qué te pasa?



Yo le expliqué lo que me ocurría.

Eso se llama ladillas.

En inglés se llaman «pubic lice», pero el término coloquial que corresponde a ladillas es «crabs». Es decir, cangrejos.



Porque, no sé si habrás tenido, pero es una cosa diminuta que te rodea la raíz de cada pelo púbico y se agarra con las patitas y duele muchísimo. Si alguna vez ves una, te recordará a un cangrejo pequeño, un buey de mar diminuto.



Algo parecido.

El caso es que el sargento la tomó conmigo. Seguramente creyó que me había dedicado a hacer tonterías por ahí. En esa época se intentaba por todos los medios evitar que los muchachos se fueran de putas.



Yo no tenía ni idea de cómo podía librarme de ellas. Más tarde me enteré de que existían pomadas para matar a esos bichillos, pero el sargento no me mandó a la enfermería. Me dijo:

Vas a hacer lo siguiente: vas a irte a las duchas, vas a echarte crema de afeitar y te afeitas con la navaja hasta que no te quede ni un pelo en el pene ni en los huevos, por todo alrededor, nada, ¿entendido?



Y mira bien que se vaya todo por el desagüe, que no quede ni una suelta por ahí. Ya verás como desaparecen.



Tengo que reconocer que funcionó.

Aunque, eso sí, fue muy engorroso, porque era una operación difícil y desagradable, como podrás imaginar.



Y eso no es todo...

